

dos Cámaras la idea de su disolución inmediata, con seguridad se las inclinaba á perder toda sangre fría, y efectivamente Mr. Fouché se la daba como definitivamente deliberada por Napoleon en su mente. Propension habia á prestarle asenso, dado que para conocer el pensamiento imperial se hallaba en mejor situacion que nadie. Pero no bastaba con estar sobre aviso en punto á una resolución de tal monta, sino que convenia hallar los medios de preservarse de ella, y esto distaba mucho de ser obvio, pues el Acta adicional concedia la prerogativa de disolver ó de prorogar las Cámaras al monarca.

Respecto del Acta adicional manifestaba monsieur Fouché un desden absoluto, y al parecer no le embarazaba de ningun modo. En su concepto, singular debilidad fuera dejarse coger por una constitucion sin valor alguno, que Napoleon no tenia en nada y que violaria sin el mas leve escrúpulo así que lo requirieran sus intereses. Solo habia que hacer una cosa, y era dar un decreto por el cual declararan las Cámaras que no se prestarian á ser prorogadas ni disueltas en circunstancias tan graves como las actuales de Francia. Al decir de monsieur Fouché no se atentaba así contra la corona, aun cuando se restringieran sus prerogativas, pues no se hacia mas que atajarle y contenerle en el uso que se sintiera tentado á hacer del imperial cetro, sin quitárselo de las manos. A estos ratiocinios añadia Mr. Fouché muchas semi-confidencias, propendentes á insinuar que habia tenido comunicaciones secretas con las diversas córtes de Europa, y particularmente con Viena; que no habia ningun propósito deliberado contra Francia, sino contra

Napoleon tan solo, y que, descartada su persona, se tenia la certidumbre de salvar al mismo tiempo la libertad, el territorio y la dignidad de Francia. No se trataba, pues, de destronarle de ninguna manera, sino simplemente de evitar que hiciera locuras, si le aguijaba tal designio, porque en suma no se podian abandonar los destinos de Francia á merced de un furioso, que preferia perderla con su persona á salvarla sin mas que sacrificarse á sí propio.

Dentro de estos límites á las miras de Mr. Fouché adhiriéronse todos, y ofreció á los representantes, á quienes vió en esta coyuntura, tenerles al corriente de los proyectos de Napoleon á medida que llegaran á su noticia. Entre estos diversos representantes, uno habia sobre todo, en quien monsieur Fouché tuvo arte para despertar recelos, y era Mr. de Lafayette. Ya se ha visto cual fué el papel de este ilustre personaje en el curso de los Cien Dias. Ora por Mr. Benjamin Constant, ora por medio del principe José, llegó á ejercer una verdadera influencia, dándoles ó negándoles su aprobacion segun se prestaban mas ó menos á sus deseos, y así habia obtenido la convocatoria de las Cámaras, á pesar de la repugnancia profunda de Napoleon á tomar tal providencia. Mayor empeño habia puesto Mr. de Lafayette en la convocatoria que en las cláusulas del Acta adicional más esenciales, manifestando que, una vez reunidos los representantes, ya se veria de contener á Napoleon, si trataba de tornar á ejercer su antiguo despotismo. Por consiguiente, de todos los hombres de entonces, á ninguno se podia excitar con mas facilidad que á Mr. de Lafayette, sin mas que hablarle

de la disolución de las Cámaras como cierta, ó solamente como posible. Mr. Fouché hizo que se le dijera que Napoleón había perdido su hueste; que iba á volver con el fin de tratar de reunir otras; que desembarazarse de las Cámaras sería su primer cuidado; que se debía contar con este golpe, y mantenerse muy sobre aviso, y estar en aptitud de conservar á despecho suyo sobre los destinos del país una influencia saludable. No se necesitaba tanto para exaltar hasta el último punto la desconfianza, el celo y la osadía emprendedora de Mr. de Lafayette.

En la Cámara de representantes había dos jóvenes diputados, honradísimos ambos, Mrs. Jay y Manuel, bien distantes entonces de la situación de Mr. de Lafayette, si bien muy próximo á hacer figura importante el segundo, cuya probidad había sido engañada por Mr. Fouché del todo, á causa de que su capacidad le valiera de mucho en las presentes circunstancias. Mr. Jay, hombre de letras, conocido por sus triunfos académicos, de espíritu dulce, fino y cultivado, de carácter tímido aunque independiente, diestro con la pluma, no hábil en la palabra, si bien capaz de hallar en coyuntura importante algunas frases oportunas y briosas, tras de ser preceptor de los hijos de Mr. Fouché, ahora figuraba como representante de Burdeos. Mr. Manuel, abogado del colegio de Aix, ignorante en el arte de escribir, y poseedor en grado sumo del de hablar, dotado de gran presencia de ánimo, de un valor á toda prueba y de un sincero patriotismo, en relaciones había entrado con Mr. Fouché, cuando éste sufrió una especie de destierro en Provenza, y ahora el distrito de Aix

le había elegido por su representante. Ajenos á la política hasta entonces, ambos pusieron su confianza en Mr. Fouché, que tuvo cuidado de mostrarse bajo el mejor aspecto á sus ojos. A los dos presentóse como extraño á todos los partidos, como indiferente respecto de los Bonapartes y respecto de los Borbones, como desprendido enteramente de las personas á fuerza de adherirse á las cosas, no tratando de derribar á Napoleón del trono, si bien hallándose dispuesto á hacer este sacrificio á Francia, si para salvarla se hacia indispensable separarse de su persona. No se podía mostrar con mejor apariencia, pues entre los hombres políticos pensaban todos los jóvenes y honrados y patriotas de igual modo, y así no fué difícil á Mr. Fouché apoderarse de estos jóvenes representantes, no ligados con ningún partido, y no atentos á otros intereses que á los de su patria. Les dijo lo que había encargado que se dijera á Mr. de Lafayette; que Napoleón iba á llegar dentro de pocas horas; que convenia darle apoyo, si bien no dejándose arrancar la justa participacion que se tenia en el gobierno, no dejándose disolver en suma. Por este sendero había seguridad de encontrar no solamente á los dos jóvenes citados, sino á las dos Cámaras enteras.

Aun cuando la sesión no se abriera hasta medio día, los mas de los representantes acudieron á la asamblea en la mañana del 24 de junio, y con la animacion de espíritu promovida por las circunstancias se preguntaban pormenores acerca de los sucesos de tres dias ántes, se afligían de buena fe por el desastre, y le buscaban remedio, y cada cual lo discurría á su modo, y contestes expresaban la

idea de no ser conveniente que Francia siguiera sometida por mas tiempo, y sacrificada á un hombre, y de que urgía salvarla sin su persona, si no se la podia salvar de otra suerte. En espíritus así dispuestos, el rumor de que Napoleón venia con la resolución de alejar las Cámaras, á fin de sostener un desafío á muerte con Europa, sin inquietarse de los azares á que expusiera á Francia, por fuerza habia de provocar una especie de rebeldía. Así estaba condenado á ser desfavorablemente oido todo razonamiento, hasta justo, consistente en afirmar que solo Napoleón podia aun dirigir la resistencia contra el extranjero. Muchos buenos y sensatos representantes habia allí que sintieron ver puesta de nuevo á Francia en manos de Napoleón el 20 de marzo, si bien, consumados los sucesos de este dia, se adhirieron francamente á su persona, y aun ahora mismo se inclinaban á mirarle como el único hombre capaz de combatir con éxito á la Europa armada, y temian singularmente la vuelta de los Borbones rodeados de la emigracion triunfante; pero no osaban responder nada, cuando se les decia que Napoleón iba á volver como un frenético, resuelto á arriesgar la existencia del pais en una desesperada lucha, á la par que, si abdicaba la corona, satisfecho se detendria el enemigo, y dejaria á los franceses en libertad de elegir su propio gobierno. Embarazados enmudecian cuando se les hablaba con tal lenguaje, y los promovedores de la idea en boga, al sostener que convenia sacrificar la persona de Napoleón á la Francia, y al apoyarse en las aseveraciones de Mr. Fouché relativas á sus puestas comunicaciones con Viena, ó no hallaban contradictores, ó los hallaban intimidados y silen-

ciosos. Pensamiento era, pues, que sublevaba á todos, sin que nadie hallara composicion alguna, el de dejarse prorogar ó disolver, y desde entonces quedar en la imposibilidad de velar sobre lo que Napoleón iba á poner por obra, así que en París estuviese de vuelta. Tal era la agitacion el 24 de junio por la mañana, agitacion á la vez natural y fomentada por los rumores que Mr. Fouché habia divulgado pérfidamente.

Todavía mas lejos se extendió su trabajo, pues atrajo á sus miras á algunos miembros del gobierno. Sobre Carnot no trató de ejercer influencia, pues á la par de Sieyès opinaba que convenia defender la causa de la revolucion y de Francia por Napoleón solo, y además le consideraba como un maniático de quien no habia que hacer caso; pero sí influyó sobre Mr. Caulaincourt, siempre móroso, confirmando en la idea de que todo estaba perdido, y que no habia más que hacer sino preservar la persona de Napoleón de un trato cruel é ignominioso. Otro tanto dijo al principe de Cambacères, que no lo habia dudado nunca, y al mariscal Davout, que lo empezaba á temer entonces; de ciegos calificaba á los que al parecer pensaban de distinto modo, y finalmente apoderose por completo de Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, hombre animoso y de talento, adicto al emperador, si bien extremadamente impresionable, y á quien ganó la voluntad, diciéndole que con su elocuencia debia manejar á la Cámara de representantes, y facilitandole además los medios de conseguir este resultado. A todos repitió que la situacion era desesperada; que la abdicacion de Napoleón se presentaba como el único arbitrio imaginable; que bajo esta condicion se de-

tendría Europa; que hasta quizá se obtendría la regencia de María Luisa, y sobre esto parecía hacerse fuerte, apoyándose en comunicaciones misteriosas, de las cuales no hablaba muy á las claras, si bien dejaba traslucir lo bastante para que se creyera en ellas y se las diera grande importancia.

Tal habia sido el fruto de los esfuerzos de monsieur Fouché durante las veinte y cuatro horas transcurridas desde la llegada de la fatal nueva, cuando Napoleón entró en los patios del Eliseo el 24 de junio por la mañana. Al pisar los escalones del palacio, á Mr. Caulaincourt fué el personaje á quien halló antes que otro alguno, y le cogió la mano y estrechóse la fuertemente. Apeándose Drouot en seguida del coche, y no pudiendo dejar de decir á una de las personas presentes que todo se habia perdido, añadió Napoleón al golpe: — *Menos el honor*, — siendo la única palabra que desde Laon habia salido de sus labios. Con el color mas pálido que de costumbre, el rostro firme, los ojos secos, si bien el corazón oprimido, se apoyó en el brazo de Mr. de Caulaincourt, y pidió un baño y un caldo, porque espiraba de fatiga, no habiéndose casi apeado en seis dias de su caballo. Después de tenderse en una cama, dijo que la victoria del 16 auguraba otra para el 18 de junio mas decisiva; que el buen éxito de esta batalla parecia seguro, cuando la convirtieron en derrota dos causas principales, la ausencia de Grouchy y la precipitación de Ney, éste mas heroico que nunca; si bien poseido de una agitación febril que perturbaba sus facultades todas; pero que en suma no se trataba de buscar las faltas de los unos ó de los otros, y solo convenia ver de repararlas cuanto antes. Entonces

preguntó á Mr. de Caulaincourt qué se podia esperar de las Cámaras y de sus miembros de mas influjo, y en fin, de los principales personajes del Estado. Mr. de Caulaincourt, cuyo defecto mas bien consistia en exagerar la verdad que en guardar silencio sobre ella, no disimuló que las Cámaras encañadas estaban en ánimo de procurar la salvación pública por medio de su alejamiento del trono, y que hallaria muy malas disposiciones en todo el mundo. — Ya lo tenia yo previsto, respondió Napoleón de seguida. Seguro estaba de que vendrian las divisiones, y que se perderian de esta suerte las eventualidades favorables que nos quedan todavía. Nuestro desastre es grande sin duda; pero podriamos repararlo unidos; lo que es desunidos antes de mucho seremos presa del extranjero. Hoy se juzga que solo se trata de descartar una persona. Y luego de descartarla se desembarazarán de todos los hombres de la revolución, y se os restituirán los Borbones con la emigración victoriosa. ¡Pase por los Borbones! pero no hay que forjarse ilusiones en punto á lo que se lleva á cabo.

— Napoleón no apareció ni sorprendido ni afectado, de tal modo esperaba lo que se acababa de poner en su noticia. Inmediatamente dispuso que se reunieran sus ministros y los principales miembros del gobierno, y luego se durmió profundamente, porque sucumbia á la fatiga, y preparada su alma para todo, no era ya susceptible de aquellas sacudidas que quitan el sueño.

Pronto y sucesivamente vióse llegar á cuantos tenian la curiosidad y el derecho de introducirse en el Eliseo. Su primer cuidado fué el de enterarse por boca de los oficiales de la comitiva de Napo-

leon del pormenor de los últimos sucesos militares. Solo el aspecto de estos oficiales era ya el testimonio de mas bulto. Sus trajes, que no habian tenido tiempo de mudarse, agujereados por las balas, ó manchados por la sangre y el polvo del campo de batalla, su rostro encendido, sus ojos enrojecidos por el llanto, harto revelaban lo que habian presenciado y sufrido. Segun costumbre de las almas oprimidas, su dolor exhalóse muy luego en relaciones infaustas, y hasta en exageraciones, si exageraciones cabian en semejante coyuntura. Ni sobre la funesta batalla, ni sobre la magnitud de las pérdidas podian á la verdad expresar demasiado; pero despues de darles oídos, se debía creer que el ejército habia acabado del todo, que en ninguna parte se podrian juntar mil hombres, cuando habia un ejército igual en número y superior en calidad al del año precedente. De resultas de tan tristes relaciones se propagó más y más la especie de que no quedaba otro arbitrio que el de capitular con el enemigo victorioso, y de boca en boca voló hasta la asamblea de representantes, dispuestisima á acogerla de plano. Malos elementos eran estos para calmar los ánimos, á lentar los corazones y uniformar las voluntades. ¡Ah, cuando la Providencia prepara grandes sucesos parece que no descuida ninguna de las circunstancias accesorias que pueden contribuir á realizarlos!

Despues de un breve sueño, se metió Napoleon en el baño. Avisado de que le aguardaban los ministros reunidos en consejo, el mariscal Davout fué quien llegó en su busca. Aun Napoleon no le habia visto. Al fijar los ojos en este mariscal dejó

caer los brazos en el agua, exclamando.—¡Qué desastre!—El mariscal cedia difícilmente á la emocion comun á causa de su carácter rudo, y opinaba por hacer cara á la tormenta, y suplicó á Napoleon que no tardara en acudir al consejo. Como Napoleon todo lo tenia previsto y aceptado, y nada esperaba de sus deliberaciones, al mariscal dijo que podrian empezar sin su asistencia, y que allí iria dentro de cortos instantes. Sin embargo, se hizo esperar bastante. De resultas de nuevas instancias del mariscal se presentó al cabo, y recibido fué con respeto, y escuchado con impaciente curiosidad cuando en términos breves á la par que expresivos, puso de manifiesto lo acontecido, y bosquejó las grandes esperanzas de victoria, á las cuales sucedió tan rápidamente la desconsoladora realidad de una terrible derrota. Despues de este relato dijo á sus ministros que aun quedaban recursos; que se mantenía firme en buscarlos y hacer uso de ellos; que para un militar concedor de su oficio, aun habia que hacer mucho; que no estaba desanimado, ni abatido, si bien necesitaba adhesiones por parte de las Cámaras y no resistencias; que el punto esencial era este y no otro; que mediante la union se salvaria muy probablemente, pero sin la union de ninguna manera. Por consiguiente hizo que se fijara la cuestion toda en la conducta que ante las Cámaras debía ser seguida, para obtener esta union indispensable, de la cual dependia la salvacion del Estado. Este modo de ver la cuestion era el de todos los asistentes al consejo, y así no hubo oposicion ninguna. Napoleon dejó usar de la palabra á cuantos lo tuvieron por conveniente. Nadie mostraba grande prisa, excep-

to los hombres adictos, que mas atendian á la situacion que á sí propios. Bajo este aspecto, monsieur de Caulaincourt debia hablar antes que otro alguno, pero la desesperacion se habia apoderado de su alma, cayendo de resultas en un estado pasivo de que ya no salió en todo el curso de estas circunstancias dolorosas.

Conmovido Carnot hasta derramar llanto, imaginando que todos los corazones sentian como su corazon excelente, allí sostuvo que convenia á semejanza del año de 1793 crear una dictadura revolucionaria, y confiarla, no á una comision como entonces, sino á Napoleon, que á sus ojos figuraba ya como la revolucion personificada. Bajo la influencia de su celo por la cosa pública y de la confianza en Napoleon que juzgaba generalizada, por supuesto dió que las Cámaras pensarían, obrarían y votarían en tal sentido, y propuso que para el emperador se les pidiera la dictadura.

No fué este el dictámen del mariscal Davout. No amante de las asambleas, que solo conocia por la Convencion y por los Quinientos, dijo que en las Cámaras no se hallarian mas que contrariedades y paralizaciones; que era lo conveniente darse prisa á librarse por la prorogacion ó la disolucion de ellas; que en virtud del Acta adicional se podia hacer uso de esta prerogativa, y que urgia ponerlo por obra para juntar los medios de combatir y de vencer al extrangero. Vigorosamente fué apoyada la opinion del mariscal Davout por el principe Luciano, pues los hermanos de Napoleon asistian á este consejo. Segun se ha visto, al lado de su hermano habia ya vuelto desde el 20 de marzo, y no aparecia sino que su celo presente se esforzaba por

resarcirle de su oposicion pasada. La indocilidad acreditada antes, le servia actualmente, y la circunstancia de no ceñir corona era mérito que se le tenia muy en cuenta. Lleno de los recuerdos del 18 de brumario, é inclinadísimo á prescindir de las Cámaras por completo, opinó lo que el mariscal Davout, aunque sin encontrar apoyo. Siempre dispuesta la mayoría en las reuniones de hombres, numerosas ó no numerosas á los términos medios, la de ahora, aun admitiendo la necesidad de una especie de dictadura, se manifestó propensa á la conveniencia de pedirla á las Cámaras, que la otorgarian probablemente, siendo cosa que habia que ensayar en todo caso.

Pesimista penetrante el almirante Decrès, dijo que estas eran puras ilusiones; que las Cámaras se hubieran sometido á Napoleon victorioso, pero se rebelarian contra Napoleon vencido; que pidiéndoselo no se obtendria nada, y que tomar algo sin pedirlo, se resentiria de peligroso hasta lo sumo. A todas luces este ministro desesperaba de la situacion presente y en proporcion de su misma sagacidad de gran tamaño. Mr. Fouché, que no habia pronunciado una sola palabra, y cuyo silencio acababa por ser acusador sin duda, al fin soltó algunas frases, únicamente por decir algo, manifestando por la desgracia de Napoleon una afliccion que no sentia realmente, y respecto de las Cámaras una confianza que no abrigaba de ningun modo y que no quisiera abrigar tampoco. Deseoso de armonizar su papel secreto y su papel público en lo posible, añadió que convenia abstenerse de chocar con las Cámaras, y sobre todo de darlas á entender el designio de prescindir de ellas, pues se

las sublevaría con obrar de esta suerte, y por el contrario, sabiendo proceder con mesura, quizá se lograra que votasen recursos para salvar el país y la dinastía.

Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, convertido de muy buena fé en juguete de Mr. Fouché, por adhesión creyóse en el deber de ir mas allá que ninguno de los asistentes. Protestando de su amor á la dinastía imperial, sobre lo cual no tenia necesidad de alegar pruebas, habló del estado de las Cámaras y particularmente de las disposiciones de la de representantes, en su concepto imbuida toda entera en la fatal persuasion de que las potencias europeas no querian á Napoleon de ningun modo, y de que se detendrian asi que Napoleon quedara descartado, y aceptarían al rey de Roma bajo la regencia de María Luisa. Además dijo que esta persuasion habia ganado á los espíritus de mejor temple y menos favorables á los Borbones, y así tendria pocas probabilidades de buen suceso toda medida no concebida en tal sentido. No se podia indicar mas á las claras que el único medio de salir de embarazos era que Napoleon abdicase la corona, y se sacrificase personalmente para salvar el trono de su hijo, y la situacion de cuantos se habian ligado á su fortuna. Napoleon, místico y silencioso hasta entonces, al ver cómo germinaba el pensamiento de Fouché hasta en el espíritu de los que le debían ser mas adictos, se despertó de pronto, y lanzando sobre Mr. Regnaud su mirada penetrante, se expresó de esta suerte:—Explicaos, hablad, no disimuleis nada.... No se trata de mi persona, que estoy pronto á sacrificar desde luego, y de que tres dias atrás hice por librarme cuan-

to me fué posible, sino del Estado y de su salvacion completa. ¿Quién puede ahora salvar el Estado? ¿Por ventura la Cámara de representantes? ¿Acaso yo todavía? ¿Pues qué, Francia conoce á un solo individuo de esa Cámara, nombrada ayer, y donde no hay ni un hombre de Estado ni un militar? ¿Me podriais señalar en su seno ó en alguna otra parte un brazo bastante robusto para empuñar las riendas del gobierno? Francia ni conoce ni dá importancia mas que á mi persona. ¿Acaso imagináis que obedezca á otra voz que á la mia el ejército, cuyos restos allegados, aun pueden ser imponentes? Si, como hice en Saint-Cloud, arrojara por la ventana á todos esos charladores, el ejército aplaudiria y Francia dejaria hacer de seguro. Sin embargo, no pienso en eso, y avaloro la diferencia de los tiempos y de las circunstancias; pero no conviene con falsas nociones sobre el estado de las cosas romper la union, que es actualmente nuestro último recurso. A la verdad, como yo solo puedo salvar al Estado, tambien soy el único objeto aparente del odio del extranjero, y se puede creer que, descartada mi persona, se satisfaria el extranjero del todo. Ahora se os dice que seria admitido el rey de Roma bajo la regencia de su madre. Esa es una fábula pérdida inventada en Viena para desunirnos y propagada en Paris con el fin de perderlo todo. Yo bien sé lo que pasa en Viena, y que á ningun precio se aceptaria á mi mujer y á mi hijo; allí se quiere á los Borbones, únicamente á los Borbones, y muy natural es sin duda. Descartada mi persona, se marchará sobre Paris, se entrará en su recinto, y se proclamará á los Borbones. ¿Acaso los queis vosotros? Por mí no sé realmente si valdrian

mas que lo que ven mis ojos. ¿Pero los querian el ejército, y los campesinos, y los compradores de bienes nacionales, y cuantos aplaudieron mi vuelta? ¿Y á vosotros, todos servidores de la familia imperial, os puede convenir que se deje volver á la emigracion triunfante? Personalmente, ningun interés tengo yo en nada de eso; mi papel ha terminado, suceda lo que sucediere, y apenas lo prolongaria algunos dias una dictadura, aun ejercida felizmente. Os repito que no se trata de mi persona, sino de Francia, de la revolucion, de los intereses que ha creado, y que aun se pueden salvar con union y perseverancia. Terrible es el golpe que hemos recibido, si bien de ser mortal dista mucho. Actualmente el ejército que lidió el 18 de junio, solo presenta fugitivos; pero si Grouchy, á quien verosimilmente habrá descuidado el enemigo por seguir á las tropas derrotadas, al fin ha conseguido escape, los fugitivos se reharán á su amparo. Grouchy tenia treinta y cinco mil hombres; no seria de extrañar que allegara igual número de fugitivos, atolondrados ahora, aunque prontos á tornar á figurar á mi voz como heroicos soldados. Asi formarian setenta mil combatientes. Replegándose Rapp y Lecourbe, me traerán cuarenta mil hombres en tropas de línea ó guardias nacionales movilizados, mientras que Suchet y Brune prosiguen custodiando los Alpes. De consiguiente reuniré bajo mis órdenes mas de cien mil soldados: diez mil me va á restituir la Vendée: desde 1814 jamás reuní tales fuerzas, teniendo por lo menos que combatir á tanto número de enemigos como ahora. Actualmente Blucher y Wellington no tienen mas de ciento veinte mil hombres, y antes de la reunion

de los austriacos y de los rusos, muy bien podia hacer yo expiar á mis vencedores su victoria. Paris se halla al abrigo de un golpe de mano con los federados, los depositos, la guardia nacional y los marinos, y sera invencible luego de terminadas las obras de la orilla izquierda del rio. ¿Y creéis que, maniobrando entre el Marne y el Sena, y delante de una capital sin posibilidad de ser forzada, no tendria aun en mi favor gran número de probabilidades? Finalmente, segun las apariencias, Francia no nos dejaria pelear solos. Dos meses me han bastado para alistar ciento ochenta mil guardias nacionales de preferencia. ¿No puedo hallar otros cien mil acaso? ¿No se me pueden conceder cien mil conscritos? De consiguiente detras de nosotros quedaran buenos patriotas, que acudirian á llenar los huecos de nuestras filas, y al cabo de algunos meses de esta lucha se cansaria la paciencia de los coaligados, que mantenidos los tratados de Paris y de Viena, solo sostienen una lucha de amor propio. ¿Qué se necesita por tanto para evitar nuestra ruina? Union, perseverancia y voluntad...—

Estas palabras, de las cuales solo reproducimos la sustancia, impregnadas del vigor mental y del lenguaje peculiar de Napoleon reanimaron los espíritus en el seno del consejo, y los reanimaran fuera de alli de igual modo, si pudieran traspasar las paredes del Eliseo. Pero Napoleon no se podia presentar en las Cámaras, ni ser alli oido, ni tenia quien le representara en ellas, y á la sazón estaban entregadas á una agitacion extraordinaria. Reunida desde por la mañana la de representantes, segun se ha visto, y ocupada no mas que en indagar noticias á impulsos de febril impacien-

cia, de pronto en su seno divulgóse el rumor siniestro de que en el palacio del Eliseo se discutía á la sazón el proyecto de prorogarla ó disolverla, y aun de que ya se habia adoptado este partido, y de que el decreto en su contra se iba á dar á conocer dentro de muy pocos instantes. Aprovechándose de las prolijidades de la deliberacion en el Eliseo, Mr. Fouché fué quien hizo llegar tan pérfido aviso. Especialmente se lo trasmitió á Mr. de Lafayette, el mas convencido y el mas resuelto de cuantos creían indispensable sacrificar á Napoleon para salvar á Francia. Sin contar con ninguno de sus colegas, y fiando en la disposicion general de la Cámara de representantes, Mr. de Lafayette pidió la palabra. Todo le aseguraba una atencion profunda, so persona, la gravedad de las circunstancias, y la índole de la proposicion esperada por todos.—Señores, dijo, cuando al cabo de tantos años hago oír una voz, que los antiguos amigos de la libertad reconocerán sin duda, me siento llamado á hablaros de los peligros de la patria, que solamente vosotros teneis poder de salvar al presente. Rumores siniestros habian cundido, y por desgracia se han confirmado. Llegada es la hora de agruparnos en torno del viejo estandarte tricolor, el de 1789, el de la libertad, de la igualdad y del orden público. Este es el único que nos toca defender contra las pretensiones extrangeras y contra las tentativas interiores. Permitid, señores, que un veterano de esta causa sagrada, ageno al espíritu de faccion de continuo, os presente algunas resoluciones preliminares, cuya necesidad avaloréis de si jo.—Tras de estas pocas frases, pronunciadas con la sencillez que llevaba hasta la tribu-

na, Mr. de Lafayette por una resolucion en cinco artículos propuso declarar la patria en peligro, las Cámaras en permanencia, y reo de traicion á todo el que quisiera disolverlas ó prorogarlás. A esto añadió la demanda de que los ministros de la Guerra, de Relaciones Exteriores, de lo Interior y de la Policia, se presentaran al instante, para dar cuenta á la asamblea del estado de las cosas. Finalmente, propuso levantar en masa á las guardias nacionales de todo el imperio.

Mr. de Lafayette bajó de la tribuna en medio de una emocion general, emocion emanada de la unanimidad, y no de la divergencia de pareceres. Adoptar su proposicion equivalia á infringir de varios modos el Acta adicional, que conferia al emperador la prerogativa de disolver las Cámaras, y que sin duda permitia interpelar á los ministros sobre un hecho, si bien no dando facultad para llamarlos á la barra, ni intimarles orden alguna. Esto simplemente equivalia á constituirse en estado de revolucion, pero como se conocia que ya se encontraban en tal estado, á declararse algo mas no se oponia la dificultad mas leve. Así el argumento de que se infringia el Acta adicional no salió de ninguna boca, ni aun bonapartista. Solo fué pedida la palabra por esos importunos, que en las grandes ocasiones aspiran con discursos inútiles á hacer constar su presencia, de que no se cuida nadie, y retardan así resoluciones, que muestran todos impaciencia de adoptar al punto. Lacoste, diputado por la Gironda, uno de los que de Mr. Fouché recibian sus inspiraciones, con viveza apoyó la proposicion de Mr. de Lafayette. Otro quiso que se convirtiera en orden formal la

invitación dirigida á los cuatro ministros para comparecer ante la asamblea. Otro presentó algunas observaciones relativas al artículo que hablaba de la organización de las guardias nacionales en todo el imperio, y que podía conducir á la idea de hacer á Mr. de Lafayette general en jefe. Sin explicarse la asamblea desechó este artículo, aprobando los demás de la proposición por una inmensa mayoría. Se decidió que se comunicara á la Cámara de los pares, con el fin de que la admitiera de igual modo, si lo estimaba conveniente. Este capital acto, principio y casi fin de una revolución en los espíritus ya consumada, objeto fué de unanimidad verdadera, porque, si la asamblea no quería á los Borbones, si deseaba la dinastía imperial representada por el rey de Roma, se hallaba imbuida en la idea de la necesidad de separar la causa de Napoleon de la de Francia, y se creía en el derecho de obrar de esta suerte respecto de un hombre, que á su juicio había perdido á Francia por su ambición tan solo. Sin duda tenía este derecho, y particularmente en época en que á la legalidad no se daba importancia, si bien no acreditaba sagacidad al figurarse que, arrojado Napoleon al mar, sobrenadaria el navío. Fuerza era también arrojar la dinastía, y los intereses de la revolución con ella, aunque afortunadamente no sus principios, que no podían perecer á causa de ser eternos.

Después de adoptar su partido tan de pronto, mientras la Cámara de representantes aguardaba la respuesta que se daría á su plebiscito, éste era comunicado por una parte á la Cámara de los pares, y por otra al palacio del Eliseo. En la Cámara

de los pares dió margen á algun embarazo, pero no á la mas leve idea de resistencia. Mas antigua en sus funciones, mas ejercitada en su papel moderador, la Cámara de los pares hubiera podido oponer algun temperamento á la precipitación de la Cámara de representantes, bien que en el Senado imperial, de donde era oriunda casi toda, mal habia podido aprender la Cámara de los pares el papel de la pairía inglesa. Compuesta se hallaba de hombres cansados de revoluciones, disgustados de todos los gobiernos, de hombres que vieron y dejaron pasar á Napoleon como á Luis XVIII, que, aun juzgándolos á ambos, así adularon al uno como al otro, convencidísimos de haber merecido su caída, y determinados, á pesar de algunos sentimientos recónditos en ciertos corazones, á dejar que se cumplieran sin obstáculo alguno los decretos de la Providencia. Así la proposición de la Cámara de representantes fué adoptada sin resistencia por la Cámara de los pares. En el palacio del Eliseo no fué el espectáculo ni debía ser de igual modo. El dardo preparado por Mr. Fouché en secreto y disparado en público por Mr. de Lafayette halló al herido leon dormido, mas no acabado, y al sentirlo se estremeció todo. Sacudiendo la especie de somnolencia en que se había sumido, y de la que no salió mas que un instante para dar á Mr. Regnaud la ya citada respuesta, Napoleon se puso á andar muy de prisa por el salon del consejo, según lo tenia de costumbre cuando se hallaba muy agitado.—Entonces repitió con desprecio y con ira que ante los quinientos mil hombres, que avanzaban sobre Francia, su persona era todo, y los demás no eran nada; que lo que acababa de acontecer en Flandes

cosa era de guerra, y de consiguiente muy reparable; que solo el ejército y su persona tenían importancia; que iba á enviar unas cuantas compañías de su Guardia para disolver á aquella asamblea insolente; que el ejército aplaudiría de resultas, y el pueblo le dejaría obrar á sus anchas, y que, apoderándose de la dictadura, para la salvacion comun se serviría de ella.—Se le escuchó sin interrumpirle nadie, y se aspiró á calmarle sin fruto, cuando vino el segundo golpe, con la noticia de la adopcion por la Cámara de los pares del decreto de la Cámara de representantes. Esta adhesion inmediata y silenciosa de mas de cien pares, á quienes quince dias atrás habia nombrado de voluntad propia, le hirió vivamente, á pesar de no enseñarle nada que ya no supiera del corazon humano, y le condujo nuevamente á la idea, que ya habia asaltado su mente la misma noche del 18 de junio, y consistente en que su cetro se habia roto con su espada. Entonces, mirando á Regnaud de Saint-Jean d'Angely con menos severidad que antes, pronunció estas singulares palabras.—Quizá Regnaud tiene razon en querer que yo abdique (de los labios de Mr. Regnaud aun no habia salido la palabra abdicacion, y Napoleon era quien la aplicaba á la cosa, por virtud de la rapidez de su mente)... Pues bien, yo abdicaré si es necesario; no se trata de mi persona, sino de Francia; no resisto por mí, sino por ella; si ya no ha menester de mi persona, yo abdicaré.—Esta especie pronunciada tan de pronto sorprendió á los asistentes, afligió á tres ó cuatro, halagó á siete ú ocho, llenó á Mr. Fouché de alegría secreta, y ensanchó el corazon de Mr. Regnaud que, al abandonar á su soberano, no entendia

hacerle traicion de ningun modo. Volando la tal especie de boca en boca, más y más obvió la desercion general ya fácil en demasia.

Pronto Napoleon á ceder el terreno á los que, sin embargo de rechazar á los Borbones, hacian cuanto se necesitaba para asegurar su vuelta, se sintió ofendido de resultas de las formas arrogantes de que se hizo uso, y vedó á sus ministros obedecer á la intimacion de la asamblea.—Que hagan lo que les acomode, se le oyó decir irritado; y si de resultas de una medida facciosa (ya se hablaba de destitucion por entonces) me acosan hasta el extremo, los arrojaré al Sena, sin mas que ponerme al frente de algunas compañías de veteranos.—Luciano era de dictámen de no andar en vacilaciones, pues cuanto mas tiempo se perdiese mas se envalentonaria la asamblea y se haria mas emprendedora, y lo mejor era hacer uso al momento para disolverla de los poderes constitucionales de la corona. Tan resuelto el mariscal Davout poco antes, despues de la declaracion de las dos Camaras no lo estaba tanto. En su juicio hubiera convenido sorprender á la Cámara de representantes, y descargar el golpe primero que adoptara resolucion alguna; pero, ya que se la habia dado tiempo de pronunciarse á las claras y de amotinar gente en rededor suyo, un nuevo 18 de brumario habia que intentar nada menos, y la situacion no era favorable para semejante golpe de Estado. Napoleon apareció perplejo y hasta falto de carácter en medio de tan distintas opiniones. Con todo, el hombre no habia cambiado, y sobradamente lo acababan de probar su vuelta de la isla de Elba y su última entrada en campaña. Pero de su misma perspicacia

se derivaba su debilidad en la presente coyuntura. Viendo que políticamente estaba perdido todo, aunque militarmente de ninguna manera, pronto estaba á rendirse al cabo, y si resistía acaso no era sino porque aun obraba su naturaleza. Este postrer combate entre la perspicacia y la personalidad le hacían aparecer lo que no fué nunca, á saber, irresoluto. —Atrevedos, le dijo Luciano. —Ah, respondió, que ya me he atrevido de sobra! —Frase memorable y que honraba á su buen seso, al condenar su conducta pasada. Hablando así Napoleón y Luciano se trasladaron al jardín del Eliseo. En conversacion viva y animada demostró el primero á su hermano cuán escasas probabilidades de buen suceso habia en el golpe de Estado, que se le proponia como indispensable, y se expresó en esta forma:—Para empresas de tal clase es forzoso consultar la disposicion de los ánimos en el momento en que se van á poner por obra. Cuando el 18 de brumario, que de continuo me traeis á la memoria, se hallaban en disfavor las asambleas, á las cuales se imputaban diez años de calamidades, y el favor se dispensaba á los hombres de accion y á mi especialmente, reputado por el primero de todos. Contra los Quinientos y conmigo estaba el público entero; hoy los espíritus se han vuelto en sentido contrario. Actualmente la idea dominante es que se tiene la guerra solo por mi causa, y en una asamblea se ve el freno contra mis ambiciones y mi despotismo. Ambicion ya no tengo ninguna. ¿Y despotismo de dónde lo sacaría ahora? Pero tal es la preocupacion de los ánimos en suma. Yo bien creo que podría arrojar á esos representantes al Sena, aun cuando me expusiera á encontrar en la

guardia nacional mas resistencia que suponeis sin duda. Pero estos representantes se irian á correr las provincias, á sublevarlas en mi contra, y á decir que yo habia violado la representacion nacional únicamente en interés propio, y para sostener una lucha á muerte contra Europa, que no pide mas que mi alejamiento para hacer alto, y restituir la paz á Francia. Por supuesto doy que no me arrebatarian el pais todo, pero sembrarian divisiones, yo no conservaria mas que la denominada porcion violenta, y entonces pareceria el emperador de los jacobinos, luchando contra Europa y los hombres honrados no mas que por no perder su corona. Ese es un papel nada honroso é imposible, porque el pais quiza bastaria para su defensa hallándose unido bajo mi mando, y desunido es incapaz de resistencia. —

En este momento la avenida de Marigny estaba llena de numerosa muchedumbre, atraida por la fatal noticia del desastre de Waterloo. Naturalmente en aquella afluencia se hallaban las gentes mas animadas, las que habian corrido á alistarse en las filas de los federados, y que sin ser anarquistas, lo parecian por la traza. Hombres eran del pueblo, antiguos militares, que no pensaban en trastornar la sociedad de ningun modo, pero á quienes encendia la sangre solamente la idea de ver otra vez en París al enemigo. La tapia, que separaba al jardín del Eliseo de la avenida de Marigny era mucho mas baja que ahora. A la sazón se ejecutaban alli algunas obras, que la habian rebajado mas todavía, y la multitud no estaba separada de Napoleón mas que por un obstáculo casi nulo. Tan luego como divisó su persona, prorumpió en frenéticas

aclamaciones de ¡viva el emperador! Muchos individuos se acercaban á la tapia del jardín, y le alargaban la mano, y le pedían que les condujera sobre el enemigo. Napoleón saludándolos con el gesto les dirigió una mirada triste y afectuosa, luego les hizo señal de aquietarse, y prosiguió su paseo con Luciano, que de tal escena sacaba un argumento en apoyo de su dictamen; pero Napoleón dijo á su hermano:—Si toda Francia estuviera unánime como esos hombres, razón os asistiría sin duda; mas sucede lo contrario. Evidentemente los miembros de las dos Cámaras, que se acaban de insurreccionar contra mi autoridad, y que tal vez pidan mi destitución dentro de un par de horas, son órgano de cierto número de gentes en Francia, pues representan á cuantos creen que en esta disputa con Europa, se trata de mi solo, y esas gentes son numerosas, bastante numerosas para que la división resulte profunda. Ahora bien, sin union nada es posible.—Todo esto rebosaba de cordura, y vista muy penetrante se necesitaba para descubrirlo por entre la espesa nube del interés propio. ¿Pero de quién era la culpa de que Francia en este inmenso conflicto se obstinara en no ver mas que la ambición de Napoleón en pugna con Europa, y de que no quisiera estar mas largo tiempo comprometida por un solo hombre? Se engañaba sin duda, porque despues de haberse comprometido al cabo, necesario era sostener la demanda con su persona, sin perjuicio de deshacerse despues de ella, como queria Sieyès; pero en este mundo las faltas de los unos engendran las de los otros, y se perezca por las que se han cometido, y por las que se han provocado.

Mientras se perdía así el tiempo en disertaciones inevitables, y como acontece á menudo, se llenaba el intervalo de los sucesos con palabras ociosas, impaciente la asamblea de tener una respuesta á su mensaje, agitada por el orgullo de ser obedida y por el temor de ser violentada, se desahogaba con discursos vanos y provocativos. En dar un gefe á la guardia nacional de París sin demora habia pensado, pretension enteramente contraria á las leyes, pues solo el emperador tenia derecho para nombrar un oficial de esta clase, y á la sazón el general Durosnel mandaba la guardia nacional de París como segundo gefe, siendo Napoleón el primero en su mando. Así esta proposición no fué admitida. Cosa era por demás árdua poseer el poder ejecutivo, cuando el monarca, su legal depositario se hallaba en el Eliseo, á la verdad vencido, pero así y todo el mas imponente de los hombres. Además impidieron que la proposición fuera aceptada el crédito del general Durosnel y la poca inclinación á nombrar á Mr. de Lafayette, candidato el mas indicado de todos, pero no conveniente ni para los revolucionarios, ni para los bonapartistas, ni aun para muchos moderados. Todo se limitó, pues, á demandar al actual gefe que velara por la seguridad de la asamblea. Durante este tiempo, siempre impacientes los representantes por obtener una respuesta, amenazaron con enviar á los ministros, no ya una invitación, sino una orden, y muchos amigos de la dinastía imperial se presentaron en el Eliseo para decir que se pronunciaría la destitución, si á la invitación de los ministros no seguía un acto inmediato de deferencia, Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely y

Mr. de Basano estrecharon á Napoleon á abrazar un partido, y pareció dispuesto á asentir hasta cierto punto á los deseos de la Cámara de representantes. Sin embargo, antes de enviar á los ministros á la barra de la asamblea, menester era acordar lo que dirían á sus miembros, cosa de que no se habia tratado hasta entonces, no habiéndose discutido mas que sobre la posibilidad de una disolución en el consejo. Para esto se necesitaban algunos instantes, y pareciendo llegada á colmo la impaciencia de los representantes, al decir de los portadores de las noticias que se sucedían en el Elíseo, Napoleon con disgusto, casi con desprecio, sin ninguna esperanza de formal resultado, consintió en que Mr. Regnaud corriese á la asamblea para inclinarla á tener paciencia anunciándola un mensaje imperial para dentro de breves minutos.

La asamblea oyó á Mr. Regnaud con esa curiosidad ardiente, ardiente y pueril de los tiempos de revolucion, quedó satisfecha al saber que su resolución reciente no se consideraba como un atentado, y que el tiempo perdido no se dedicaba á preparar la resistencia, sino el asentimiento á sus voluntades. Se tranquilizó algun tanto, si bien mostrando con su agitacion que su paciencia no sería larga. Entonces los confidentes de Mr. Fouché, transformados en auxiliares de Mr. Regnaud, sin que éste sospechara ni por asomo la intriga á que servía de instrumento, le dijeron que el camino recorrido por los espíritus era inmenso; que no habia la mas leve divergencia de opiniones; que se anhelaba la abdicacion pura y simplemente; que se dejaría á Napoleon el honor de deponer el cetro; pero que se le arrancaría de las manos, si se nega-

ba á deponerlo de seguida. En vano trató de aplacarles Mr. Regnaud, porque, siempre adicto al imperio, no abandonaba al padre sino para salvar al hijo, y porque le horrorizaba la destitucion que se llevaría al hijo y al padre, esto es, á la dinastía. Sin embargo, le prometieron espera, aunque á condicion de la abdicacion positiva é inmediata, porque la fábula de Mr. Fouché consistente en suponer que habia tenido comunicaciones secretas con la corte de Viena, de resultas de las cuales habia adquirido la certidumbre del asentimiento de las potencias de Europa á la regencia de María Luisa, ya se hallaba esparcida por todos los bancos de la asamblea, y la conocian los representantes menos al corriente de las cosas, y se consideraba como verdad auténtica por ellos.

Mr. Regnaud tornó al Eliseo, donde se adoptó al cabo un partido, el de dirigir á las Cámaras un mensaje que sería llevado por los ministros, de quienes se habia requerido la presencia. Este mensaje tenia por objeto enterarlas de la desgracia sufrida por el ejército, reduciendo no obstante á la realidad la tal desgracia, manifestar que aun quedaban recursos, y proponer el nombramiento de una comision para buscarlos, elegirlos y fijarlos de acuerdo con el gobierno. Carnot, ministro de lo Interior, llevó el mensaje á la Cámara de los pares, y el príncipe Luciano á la Cámara de representantes en compañía de los demás ministros. A tenor del Acta adicional el emperador tenia derecho de hacerse representar ante las Cámaras por comisarios de su eleccion, y bajo este título designó al príncipe Luciano, célebre entre los príncipes de la familia de resultas de la firmeza de que habia he-

cho alarde el 48 de brumario. Napoleon ya no esperaba ni deseaba nada, pero queria un hombre seguro y fuerte en la oratoria que supiera rechazar los ultrajes con que contaba de seguro, y no le causaba embarazo probar á sus ministros que no estaba contento de su celo en las presentes circunstancias. De esta regla exceptuaba á Carnot, á quien Mr. Fouché habia hecho ya sospechoso, pintándole como juguete de Napoleon, y á Mr. de Caulaincourt, que solo podia ser útil en un congreso ó sobre un campo de batalla.

Primeramente se dirigieron á la Cámara de los pares, que escuchó el mensaje sin pronunciar palabra, no queriendo hablar hasta que la otra Cámara lo hubiese hecho. Poco tiempo se perdió en esta travesía, si bien mas del que era capaz de conceder la impaciencia de los representantes. A las seis de la tarde llegaron al palacio donde celebraba sus sesiones, y en momentos en que para contener el ímpetu de los ánimos no habia palabra que fuera suficiente. Anunciado fué el imperial mensaje, y aun se hubo de perder tiempo hasta lograr que se restableciera la calma, y se guardara silencio, y se prestaran oídos. Debiendo la comunicacion tan ardentemente deseada ser objeto de debates, y aun quizá de graves deliberaciones, se decidió que la sesion fuera secreta. De consiguiente se hizo que el público despejara el salon de las sesiones, y como á las siete de la tarde el príncipe Luciano subió á la tribuna, y tras de alagar el título de comisario imperial expuso el contenido del mensaje. — Francia, segun sus palabras, habia sufrido una desgracia, grande sin duda, pero no irreparable. Con la union de los poderes públicos y

con firmeza en los caracteres aun podia hacer cara al enemigo, pues le quedaban muy vastos recursos. Deseoso el emperador de buscarlos y de hacer uso de ellos de acuerdo con los representantes del pais les pedia el auxilio de cinco miembros de cada Cámara para inquirir los medios de salvacion, hacer que fuesen votados y ponerlos inmediatamente en planta.

No fué el príncipe mal recibido, pues sabia mantenerse en la tribuna, y además, como ya hemos indicado, no habiéndose ceñido corona, tampoco representaba los excesos de ambicion bajo los cuales habia sucumbido Francia. Por estos diversos méritos fué escuchado con benevolencia. Sin embargo, nada enseñó que fuese nuevo, pues se sabia que el ejército estuvo valiente y desgraciado en el Monte de San Juan, despues de estar valiente y feliz en Ligny, y se sabia que aun quedaban recursos, y que buscarlos, descubrirlos y emplearlos en union de las Cámaras, constituia el mayor deseo del gobierno. Pero nada de esto respondia al pensamiento que llenaba los ánimos al presente, que era la abdicacion, la retirada de un hombre á quien se miraba como causa única de la guerra, retirada tras de la cual se detendrian los coaligados, aceptando á su hijo. Sin duda si el capitán hubiese quedado victorioso, se tuviera asi la compensacion del odio que inspiraba á Europa, pero no siendo el capitán ya prenda de triunfo, solo quedaba el odio de que era blanco, y que atraia á los ejércitos europeos sobre Francia. A mayor abundamiento, como de resultados de los excesos de su ambicion habia provocado este odio, no habia que andar con escrúpulos respecto de su persona, fuera de

que, sacrificándole, se aseguraria probablemente la corona á su hijo. Tal era el raciocinio que se habia formado en todos los ánimos de una manera natural é invencible. No se tomaba en cuenta que solo con Napoleon existian probabilidades de resistencia, ni que despues de privarse de su persona habia que rendirse y aceptar á los Borbones (muy aceptables en nuestro concepto, si bien para la asamblea deliberante eran odiosos) todos iban á cual mas de prisa y muy creidos de que descartando á Napoleon, se apartaba el peligro mas inminente, y se adoptaba el medio mas seguro de restablecer la paz con Europa.

Mr. Jay, impulsado por el duque de Otranto y digno de mejor guia, resueltamente pidió la palabra. A su vista hubo gran silencio, sabiendo lo que iba á proponer y deseando todos que su proposicion tuviera buen resultado.

Con algunas consideraciones harto ociosas empezó sobre la gravedad del peligro á que se exponia al tomar la palabra en tal coyuntura, como si aun hubiera mucho que temer del vencido de Waterloo. Sin embargo, este principio fué escuchado con cierta especie de estremecimiento, y se alentó al orador á que prosiguiera su discurso con la misma profundidad de la atencion prestada por todos. Entonces, dirigiéndose Mr. Jay á los ministros, les dirigió dos preguntas formales, y ambas tan directas como embarazosas. En primer lugar pidióles que declararan con la mano sobre el corazon y en conciencia, si creian que, aun desplegando el mayor denuedo, Francia podria resistir á los ejércitos de Europa, y si por tanto la paz no era indispensable, y en segundo, si la presencia de Napo-

leon al frente del gobierno no hacia esta paz imposible. Tras de expresarse de este modo, Mr. Jay interrumpió su discurso, y por largo tiempo miró á los ministros esperando su respuesta. A semejanza suya, toda la asamblea fijó en ellos al punto los ojos, como exigiendo con sus miradas una respuesta pronta. Asi continuó el silencio; mas bien pronto le fué imposible callar á un ministro, dado que por su conducto, por sus pérdidas insinuaciones, se habia creido saber que, Napoleon descartado, se detendria Europa y aceptaria á su hijo. Con efecto, de tal modo se hicieron interrogantes las miradas, que Mr. Fouché no pudo ya guardar silencio. Subiendo á la tribuna con su rostro pálido, bizco, falso, se limitó á manifestar que, habiendo consignado los ministros en el mensaje imperial el dictamen del gobierno, no tenian que añadir nada. Semejante respuesta ridiculamente evasiva, no satisfizo á nadie, y patentizaba que Mr. Jay, juguete de Mr. Fouché, no era cómplice suyo. Poco satisfecho de la respuesta que habia arrancado, Mr. Jay continuó su discurso, y describiendo la situacion de las cosas, de ella trazó un cuadro alarmante y desgraciadamente verdadero. De la situacion interior habló primeramente, y aplicóse á demostrar que Napoleon habia indispuesto sucesivamente á todos los partidos en su contra, á los realistas que de origen eran enemigos suyos, y á los liberales á quienes habia obligado á serlo con su despotismo. Hablando del 20 de marzo, de las esperanzas concebidas al principio, y de resultados del Acta adicional defraudadas, se expresó á tenor de las preocupaciones de entonces, y declaró que, habiendo perdido Napoleon la confianza de

los amigos de la libertad, y no habiendo tenido nunca la de los realistas, en adelante no podía ya reunir á Francia en torno suyo, ni dirigir su energía contra el extranjero. Tratando de la situación exterior en seguida, Mr. Jay bosquejó la pintura de las pasiones que Napoleón había excitado en Europa, citó los manifiestos de las potencias que declaraban cómo hacían la guerra á Napoleón y no á Francia; se aplicó á demostrar que, aun suponiéndole mas feliz que el 18 de junio, Europa implacable renovaría sin cesar sus esfuerzos; que sin duda el ejército se cubriría de nueva gloria, aun que para sucumbir al cabo, y preguntó si ante esta doble situación de Francia, á la cual Napoleón dividía por completo, y de Europa, á la cual unía toda, no estaba en la obligación de ofrecer su retirada, y si las Cámaras no tenían el deber de aceptarla y aun de promoverla asimismo.—Alentado por una aprobación uniforme, aun sin tener el calor ni la acción de un orador verdadero, Mr. Jay llegó poco á poco á la verdadera elocuencia. Entonces dijo que á Napoleón apelaba de plano, á su genio, á su patriotismo, para que sacara á Francia del abismo en que la había sumido. Dirigiéndose al príncipe Luciano, y encomendándole en cierto modo que fuese órgano de la Francia desconsolada, se expresó en esta forma:—A vos, príncipe, á vos cuyo desinterés y cuyo carácter independiente son bien conocidos, á vos á quien nunca tentaron los atractivos del trono, á vos toca ilustrar y aconsejar á vuestro glorioso hermano, y hacerle comprender que de sus mil victorias, cuyo brillo inmortal no ha oscurecido una reciente desgracia, ninguna será tan gloriosa como la que alcance sobre sí propio, al ve-

nir á entregar á esta asamblea un cetro, que prefiera recibir de sus manos á arrancarlo de ellas, para asegurárselo á su hijo, si es posible, y conjurar las desventuras de una segunda invasión, cien veces mas fatal que la primera.—La situación había engrandecido el espíritu y el carácter del orador, que en esta ocasión ejerció una influencia que no había ejercido nunca, ni debía ejercer mas en toda su vida, aun no cesando de inspirar y de merecer una estimación bien sentada. Al instante le respondió el príncipe Luciano, que sostenido por la situación de igual modo, y por la piedad fraternal y por su talento, se expresó muy elocuentemente. Privilegio es de las grandes situaciones elevar los oradores, forzándoles á prescindir de las consideraciones accesorias, para atenerse á las consideraciones verdaderas y fundamentales. Por otra parte, á favor de Napoleón había mas de una razón valedera. Sin duda el príncipe Luciano se hallara embarazadísimo ante un realista sincero, perspicaz y valeroso, que le hubiera dicho lo siguiente.—Vencidos los Bonapartes no son posibles, y los Borbones son inevitables. Bajo los Borbones puede ser conquistada la libertad con perseverancia mucho más fácilmente que bajo los Bonapartes, como que por el genio de su jefe no representan mas que la fuerza. Seguramente es una gran desdicha que por el extranjero se consuma revolución semejante; pero esta intervención del extranjero dos veces operada en quince meses, obra es vuestra, consecuencia de vuestras faltas; retiraos y dejadnos negociar con Europa, ya que en suma nos habeis reducido á tal extremo, y que las esperanzas de vencer son harto débiles para probar una vez